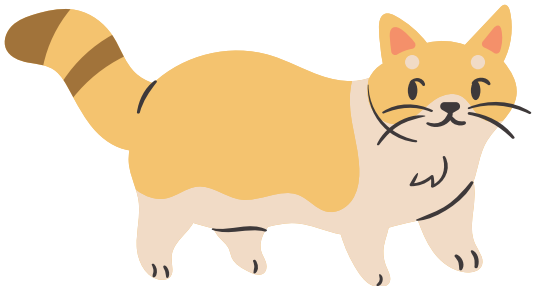
Un gato

En el jersey negro que acabo de ponerme he encontrado uno, dos hilillos de oro. Tomo uno de ellos entre los dedos –no me resulta fácil porque, pese a su delicadeza, la fibra se adhiere con fuerza a la lana del jersey, como si estuviera entrelazada con ella– y lo observo. Si mi vista fuese mejor o pudiera observarlo con una lente de aumento, ya sé lo que vería con toda nitidez: la fibra dorada no es de un solo color, sino que tiene tres tonos, el rubio dorado oscuro, el blanco y, entre uno y otro, un suave color crema tan delicado que resulta difícil distinguirlo. Son las rayas que tenía Tris-Tras, que murió hace ya cuatro meses.

Su capa de gato europeo dorado aparentaba estar hecha de pelos de distinto color pero, en realidad, cada uno de sus pelillos repetía en miniatura el dibujo de la piel del gato entero. Cada dos por tres encontramos, todavía, sus huellas por la casa...



A lo largo de los años, hemos ido sembrando el mundo con menudos rastros de Tris-Tras. Los hemos llevado encima sin sentirlos y los hemos diseminado por aviones, trenes y autobuses, en nuestro coche, en la calle, en los comercios, en las butacas de los cines y en los sofás de las casas de nuestros amigos; desde allí un ejército de desconocidos los transportaron consigo, sin darse cuenta, hasta muy lejos, a unos lugares en donde nunca estuvimos; algunas hebras doradas han llegado hasta el mar, otras se han perdido en los bosques por cuyos senderos hemos paseado sus portadores. Las hebras sedosas –cada una de las cuales tiene tres colores sutiles, como teñidos a propósito– se habrán esparcido por rincones lejanos de un mundo globalizado.

Es lo que queda de Tris-Tras, ahora que ella ya no está. Ese animal se marchó dejando el mundo lleno de pelos. Seguimos repitiendo, sin querer, los viejos gestos, ahora innecesarios: dejar todas las puertas un poco entreabiertas para que Tris-Tras pueda circular libremente por la casa, porque los gatos no soportan verse encerrados en una habitación. Tener cuidado de cerrar bien las ventanas, no sea que se vuelva a precipitar desde un segundo piso, como ya pasó una vez; y nos da un vuelco el corazón cuando pensamos que ahora ya podemos tener las ventanas abiertas de par en par: esa libertad nuestra recién adquirida nos deja una sensación de vacío y un regusto triste.

A la hora de costumbre pensamos «tengo que ponerle comida y agua limpia», para caer en la cuenta de que no hay ya a quien dar de comer ni de beber. Y a veces, cuando pasamos ante la puerta de cualquier habitación, echamos una ojeada para comprobar dónde está el gato, que ya no está.

Este texto aparece en el libro: *Lo que aprendemos de los gatos,*
de la Autora: Paloma Díaz-Mas